

UNA IDEA TODA AZUL
MARINA COLASANTI

COLECCIÓN NIDOS PARA LA LECTURA **loqueleg**

MARINA COLASANTI

UNA IDEA

TODA AZUL

TRADUCCIÓN DE YOLANDA REYES



PRÓLOGO 8

1 EL ÚLTIMO REY 10

2 MÁS ALLÁ DEL BASTIDOR 15

3 POR DOS ALAS DE TERCIOPELO 20

4 UNA ESPINA DE MARFIL 25

5 UNA IDEA TODA AZUL 31

6	ENTRE LAS HOJAS DEL VERDE	36
7	HILO TRAS HILO	41
8	LA PRIMERA SOLO	45
9	SIETE AÑOS Y SIETE MÁS	52
10	LAS NOTICIAS Y LA MIEL	57

PRÓLOGO

Querida lectora, querido lector:

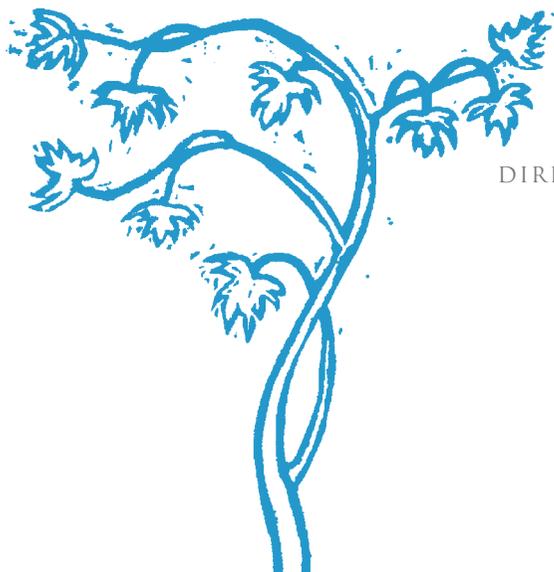
ESTE LIBRO ES UN TESORO, y como todos los tesoros, tiene una historia oculta que comenzó mucho tiempo antes de llegar a tus manos. Lo escribió Marina Colasanti, entre el asombro y el encantamiento, mientras descifraba la lengua secreta de los cuentos de hadas, pero su publicación tardó unos años, pues algunos editores no sabían si era “para niños”, y se preguntaban a qué edad podría leerse. La respuesta la dieron los lectores: desde la primera edición, hecha en Brasil en 1978, gente de todas las edades encontró algo muy propio y muy íntimo en este conjunto de historias, y *Una idea toda azul* comenzó a ganar premios y a ser traducido a muchos idiomas.

Como tantos libros que nos cambian la vida, este es un libro sin edad. Es posible leerlo en algún momento de la infancia, con esa mezcla de fascinación y de sabiduría con la que leemos los primeros cuentos maravillosos. Y es posible también leerlo en la adolescencia o en la adultez, y descubrir otros significados, o los mismos, en esos misterios de la vida, de la muerte y del amor que atraviesan los relatos,

y que nunca terminaremos de entender. Quizás por eso —y ahí está su magia— se puede leer y releer, a veces de un tirón y otras veces muy despacio y en desorden, deteniéndose en una historia o en otra, según la necesidad, las preguntas, los momentos, los deseos...

Cuando me encontré con estos cuentos, quizás tú no habías nacido (o quizás sí). Recuerdo la emoción intensa de haber leído una obra que no se parecía a ninguna otra, y que me hablaba, en una lengua extraña y única, desde el fondo de la vida. En esos días lejanos me habría parecido un sueño estar escribiendo estas palabras sobre uno de mis libros favoritos, que llega a hacerles compañía a *La amistad bate la cola* y *Breve historia de un pequeño amor*, otras dos obras de la autora publicadas en esta colección. El sueño cumplido de traducir y de poner en tus manos esta reunión de historias demuestra que las palabras mágicas funcionan y que las hadas nos hacen algún guiño de vez en cuando.

Los grabados los hizo Marina Colasanti para la primera edición del libro, y la diseñadora Camila Cesarino Costa los dispuso en estas nuevas páginas con otro color y otros matices, como un homenaje a esa conversación entre los libros, las miradas y los tiempos que se encuentran en el hilo de una historia.



YOLANDA REYES
DIRECTORA DE LA COLECCIÓN

I EL ÚLTIMO REY

Todos los días Kublai Kan, último rey de la dinastía mongol, subía a lo alto de la muralla de su fortaleza para encontrarse con el viento.

El viento venía de lejos y tenía el mundo entero para contar.

Kublai Kan no había salido nunca de su fortaleza, no conocía el mundo. Escuchaba las palabras del viento y aprendía.

—La Tierra es redonda y fácil —dijo el viento—. Camino siempre hacia delante y paso por el lugar de donde salí. He dado tantas vueltas a la Tierra, que ella está enredada en mi soplo.

A Kublai Kan le pareció bonito ir y volver sin perderse nunca.

Un día el viento, venido de las montañas, llegó más frío.

—Fui a peinar la nieve —heló el viento al oído del rey—. La nieve es pesada y suave. Bajo su silencio, las semillas se preparan para la primavera. Solo flores blancas rompen la nieve. Solo pasos blancos marcan la nieve. En la nieve habita el Rey del Sueño.

Kublai Kan tuvo deseos de nieve. Entonces amarró hilos de plata en la Luna y la remontó contra el viento. Desde lo alto, espejo del frío, la Luna le trajo la nieve a Kublai Kan. Y un sueño tranquilo.

Todos los días, el viento contaba sus caminos en lo alto de la muralla.

Todos los días, los largos cabellos del rey se recostaban en el viento y recogían sus sonidos, como un arpa.

El viento contó el desierto.

—El desierto —dijo con lengua caliente— es lento como el trigal. Y como el trigal, me obedece. Él también se curva bajo mi mano, pero sus granos no son dulces como los del trigo. Son de arena. Y con arena no se hace pan. Las gotas del desierto se llaman dátiles.

Kublai Kan quiso sudar con la dulzura de los dátiles. Entonces amarró hilos de oro en los rayos del sol y lo remontó contra el viento. Desde lo alto, el calor se derramó en el reino de Kublai Kan y los frutos maduraron. Y el rey bebió el jugo en el cuenco de las manos.

En lo alto de la muralla, gastada de recibir siempre al viento, el mundo se ponía a los pies del rey.

Y con el tiempo llegó el día en que el viento besó de sal la boca de Kublai Kan y le trajo el mar.